

TELEMÁTICA Y UNIVERSIDAD

Temas obligados de tratar hoy en las instituciones educativas son los vinculados al desarrollo económico, social y cultural en relación con la formación de los educandos y la necesidad de anticiparse frente a lo que significará para todos en general el orto del nuevo milenio, marcado por el avance vertiginoso de la tecnología; obligando a diseñar estrategias de resistencia frente a la amenaza de ser rebasados y quedar sin capacidad de respuesta.

En el centro de esa vorágine, serán los medios telemáticos los que jueguen un rol decidor, precisamente porque las formas de la comunicación alcanzarán un alto y casi incontrolable ritmo, planteándose entonces la necesidad de su gobernabilidad. Para esa tarea debe estar preparada la Universidad.

Para esas circunstancias que son desde ahora avizoradas, se requiere con urgencia desarrollar formas de pensamiento y de conducta moral capaces de resistir el avasallamiento por aquellos medios y las tecnologías de punta. Sobre todo, se requiere estar poseídos de una conducta moral que permita el control de los contenidos y forma de los mensajes educativos, puesto que se transita una ruta minada por

los improntos y el desenfreno en el uso de las imágenes visuales y sonoras.

El educando de nuestros días es la principal víctima del asedio de las programaciones televisivas, que sólo lo forman (deforman, diríase) para el consumo de los nuevos bienes en circulación que, a la postre, intoxicarán su espíritu y distorsionarán su pensamiento, visto que es más importante para los agentes promotores de los medios de información encausada los hábitos de consumo y la ingesta de imágenes que, de espaldas a los valores del espíritu y en conflicto con los fines inmanentes de la educación, vayan convirtiéndolo en un consumidor compulsivo de la programación residual.

Así, para el joven resultarán más importantes las modas y los estilos vinculados a la nueva conducta de consumo que la preparación de su personalidad dentro de los marcos de la ética, la solidaridad, la belleza, la dignidad, el amor y el acercamiento a Dios.

La Universidad entonces tiene ante sí una grave responsabilidad, que no sólo le incumbe por la índole de su misión sino que la convoca para hacer prevalecer los mejores fines y principios; para asumir el

papel contestatario frente a ese **nuevo orden educativo** implantado por la telemática, si no quiere verse envuelta en el torbellino de los *talk show*, los programas cursi y la violencia visual y sonora que la irán sometiendo al imperio de los sentidos y de los fines lucrativos en sus estilos más exacerbados y al margen del orden moral.

¿Cuál es para nuestros jóvenes el menú diario de la programación televisiva, por ejemplo? Uno adosado con el detritus finesecular, de un mundo en descomposición, de un mundo que deja poco para la esperanza en un milenio anunciado como superior pero que puede estar dominado por los demonios de lo utilitario y el materialismo más sórdido. Para enfrentarlo se impone la más resuelta actitud moral, cerca de Dios, por parte de todos, princi-

palmente de las instituciones que son depositarias de la cultura y gestoras del pensamiento.

La universidad, a cuyos dominios ha llegado también la crisis de extramuros, afectándola en su camino por la excelencia, debe redoblar su compromiso social formulando alternativas para una mejor y seria utilización de la comunicación que ahora busca dominarla y hasta manipularla con el accionar autónomo de los ordenadores electrónicos. Se requiere de una respuesta que ponga a éstos bajo control y los convierta en herramientas idóneas para transitar un camino de formación profesional que sirva al hombre en su perfeccionamiento, y al progreso y desarrollo de la sociedad para el imperio de la justicia y la solidaridad.

